

Carlos Hoewel

La teología política de Francisco: Pueblo, Iglesia y Estado Liberal

1. Un Jesuita ante el cuerpo del Rey

En la noche del 27 de octubre de 2010, la jornada de la muerte de Néstor Kirchner, el entonces Cardenal Bergoglio celebró una Misa de sufragio por el alma del ex presidente argentino en la que pronunció una muy breve pero significativa homilía cargada, para quien le prestara oído, de múltiples resonancias teológico-políticas. En el conjunto de esas pocas palabras se destacaba el uso, en por lo menos cinco ocasiones, de la palabra “ungido:”

Y este muerto –decía Bergoglio- no es solamente un hombre que se enfrenta a esas manos de Dios y se deja recibir, y que hasta ahí lo acompaña este entorno de amigos y de familia sino que este hombre cargó sobre su corazón, sobre sus hombros y sobre su conciencia la unción de un pueblo. . .fue ungido por la voluntad popular. . .durante cuatro años fue ungido para conducir los destinos del país. . .Y hoy estamos aquí para rezar por un hombre que se llama Néstor, que fue recibido por las manos de Dios y que en su momento fue ungido por su pueblo. ¹

El uso insistente de la palabra “ungido” no parece ser casual. Ciertamente Kirchner fue apenas un adversario circunstancial con quien Bergoglio tuvo una relación muy conflictiva durante los siete años de convivencia de ambos en el gobierno de la Iglesia y del Estado argentinos respectivamente. No obstante, en esta homilía el futuro Pontífice parece ensayar una configuración teológico-política del difunto en la que reverbera la entera historia de la formación del Estado desde sus orígenes en la Antigüedad y en la Edad Media cristiana europea. Como sabemos la ceremonia de la unción (del latín *ungere*), consistente en untar la cabeza con aceite perfumado u otras substancias, simbolizaba el otorgamiento por parte de la Iglesia Católica de una sanción religiosa al derecho divino del monarca a gobernar. En el Antiguo Testamento, el Sumo Sacerdote y el rey eran muchas veces llamados “el ungido”. Ungir a un rey era equivalente a coronarlo. David fue ungido rey por el profeta Samuel: “Samuel tomó el cuerno del aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. A partir de aquel día vino sobre David el espíritu de Jehová.” (I Samuel 16:13).

En la concepción schmittiana esto está claro: el Estado es en el fondo una entidad teológica,² cuya legitimidad y fuerza efectiva surgen de su inserción en la escalera descendente que comienza en Dios, sigue en Cristo, desciende de allí hasta el Papa y pasa de éste último hasta el monarca como cabeza del Estado o cuerpo político. Precisamente el proceso de ruptura o desconfiguración de esta cadena es lo que marca para Carl Schmitt el principio de la descomposición política moderna. Si bien en la Misa de sufragio a la que aludimos no estuvo realmente presente el cuerpo presidencial, la intención del futuro Papa parecía ser la de evocar su presencia allí, en el templo mayor de Buenos Aires, sede de la arquidiócesis a su cargo, con el fin de reinsertarlo en su lugar teológico correcto. En este acto litúrgico podría adivinarse así el reflejo sacerdotal de recuperar el origen teológico-ecclesial de la potestad política, descrito con tanta claridad por Carl Schmitt. Pero hay algo más. Este regreso a las fuentes aparece mediado, de manera muy jesuita y suareziana, por otra instancia fundamental: el Pueblo. Este último rasgo toma un carácter mucho más acentuado al tratarse del ámbito histórico latinoamericano. Las palabras del futuro Papa, dichas en América Latina cobran un carácter teológico-político singular directamente influido por la saga de una Iglesia -mediadora muchas veces trágica entre un Pueblo,

1 J. Bergoglio, Homilía en la misa en sufragio del Dr. Néstor Kirchner (27 de octubre de 2010) http://www.aicaold.com.ar/docs_blanco.php?id=722

2 «Todos los conceptos significativos de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados» (C. Schmitt, *Teología política*, Trotta, Madrid 2009, p. 43).

no sólo español o portugués sino también, y sobre todo, indígena y mestizo- y el poder político del Estado.

En efecto, el Pueblo no es, en América Latina, como en Europa, el resultado de una larga evolución social que va del feudalismo a la burguesía y de allí a la progresiva y tardía constitución de un proletariado. Se trata más bien de una realidad primigenia, desbordante, omnipresente, como formando parte de la también inmanejable Naturaleza americana ya desde el principio. Por otra parte, el Estado es ciertamente una entidad en América mucho más débil que en Europa, lo cual no obsta para mermar sus desorbitadas ansias dominadoras. De allí el rol clave de la Iglesia que desde el principio desempeña un papel doble y en cierto modo ambiguo. Por un lado acompañar, en nombre de la evangelización, al Poder del Estado en su tarea de conquista y colonización de un Pueblo que requería, según los cánones de la época, ser sencillamente sometido. Por otro lado, en nombre de la misma evangelización, defender y representar al Pueblo frente al Estado, en una gama que va desde las diversas formas de clericalismo político hasta las utopías teocrático-populares.

La acción de las órdenes religiosas misioneras en América, en especial la de los jesuitas, recorre todo el espectro de esta amplia ambigüedad generando un espacio teológico-político clerical- popular muy original en relación a otros continentes. Aunque los jesuitas fueron expulsados de América durante varias décadas, los Virreyes desaparecieron y la Independencia de las Naciones latinoamericanas creó Estados al menos teóricamente liberales, independientes de la Iglesia y en algunos casos violentamente laicistas, este espacio sobrevivió, tomando diversas formas en los movimientos políticos y sociales de la Latinoamérica contemporánea. Para entender el pensamiento teológico-político de Bergoglio y del hoy reinante Papa Francisco, no siempre comprensible a ojos europeos, es así necesaria una mínima comprensión de este sustrato “barroco jesuita”, típicamente latinoamericano, y de sus complejas relaciones con el Estado liberal. Pero esto sólo no basta: es imprescindible dar un paso más e internarse en la historia específicamente argentina del actual Pontífice.

2. Un Catolicismo informado por el peronismo

Para quienes conocemos algo del pasado del Papa, las fuertes imágenes de su pedido de bendición al Pueblo en la loggia de la basílica de San Pedro que marcaron el inicio de un Pontificado cuyo estilo sorprendió y aún hoy sigue siendo objeto de debate en la Iglesia y en el mundo, no nos resultaron completamente novedosas. Por el contrario, fueron más bien evocadoras de la historia argentina de la cual Francisco es un cabal emergente y representante. ¿Quién no sintió en la Argentina el 13 de marzo de 2013, quizás de un modo inconsciente pero bien real, una profunda resonancia entre este primer encuentro entre el Papa y su Pueblo y el que protagonizó el máximo líder político del siglo XX argentino el 17 de octubre de 1945? Ciertamente se trata de una comparación que bordea la irrespetuosidad dada la inmensa distancia que existe entre un Papa y un líder político secular de un país, aunque se trate del país de origen del Pontífice. Pero aunque la comparación entre Perón y Francisco sea políticamente incorrecta, son muchos los que opinan que es virtualmente imposible entender buena parte de la visión teológico-política del segundo sin tomar en cuenta al primero. Por lo demás, más allá de la espinosa cuestión de la comparación de sus personalidades en la que no voy a entrar, la esperable objeción de que no es posible apelar a un fenómeno político como el peronismo para echar luz a un fenómeno religioso o eclesial como el que está protagonizando Francisco resulta, por lo menos, dudosa. De hecho, el movimiento articulado por Perón no se reducía a ser un proyecto meramente político. Por el contrario, se trató de un fenómeno ciertamente político pero también social, cultural y con hondas resonancias religiosas.³

³ “[L]a razón por la que el peronismo ha sobrevivido a la muerte de sus creadores es que, al articular los valores e intereses de esa nueva Argentina, Perón creó algo mucho más grande que él mismo: más que un partido político, un movimiento; más que un grupo de intereses, una cultura; un híbrido político tan popular y absorbente que, durante décadas, ha dominado la Argentina moderna, proyectando su sombra incluso en aquellas elecciones en las que tenía

Tal vez el rasgo central que mejor refleja esta peculiaridad multiforme de Perón y el peronismo, que para muchos se ve tan claramente presente en Francisco, ha sido su prodigiosa capacidad para comprender y articular las necesidades, los sentimientos, las esperanzas y los sueños del Pueblo.⁴ Sin embargo, esta capacidad, iba mucho más allá de lograr una empatía circunstancial con una mayoría popular. El objetivo central de los inicios del peronismo fue el de reformar de raíz e integralmente la sociedad argentina, por medio de un camino muy específico: volver a reunir al Pueblo y al Estado –encarnado en su Líder- mediante el desmantelamiento de buena parte de los mecanismos del Estado liberal a través de la mediación de la Iglesia. Abrazando la idea de la “nación católica,” un proyecto impulsado por una parte importante de los católicos mucho antes de la llegada del peronismo,⁵ Perón buscó reunir alrededor de su liderazgo al Pueblo, identificando al Estado con las estructuras jerárquicas religiosas y laicales católicas y convirtiendo a la Doctrina Social de la Iglesia en su propio programa de acción, una estrategia que amalgamaba sin distinciones claras lo político con lo religioso, algo que iba directamente en contra de los principios básicos del credo liberal.⁶ Si bien fue sólo una minoría de católicos la que llegó al extremo de identificar lisa y llanamente al peronismo con el Cristianismo, la idea de que la Iglesia debía desempeñar un rol central en una nueva forma de articulación institucional entre el Pueblo y el Estado que superara los límites impuestos por la ideología liberal, quedó grabada a fuego para una gran parte de los católicos. De acuerdo a muchos analistas, este primer peronismo dejó hondas huellas en el catolicismo argentino y es una parte central de la matriz cultural de la cual surge Francisco.⁷

Sin embargo, este proyecto original en común entre Perón y buena parte de los católicos finalmente se quebró. Cuando la Iglesia percibió que detrás de los beneficios comenzaba un proceso de asfixiante dependencia, se desató un violento conflicto entre ambos, que precipitó la caída del líder en gran medida debida al protagonismo de muchos de los católicos que antes lo habían apoyado. Sin embargo, contra lo que cabría pensar, no todos los católicos se volvieron antiperonistas. Por el contrario, el movimiento cultural-político-eclesial que Perón promovió siguió su marcha, aunque transformado, más allá de su caída y durante su exilio en las décadas siguientes. De hecho, fueron sectores de la misma Iglesia, especialmente sacerdotes, religiosos y laicos de las comunidades de base dedicados a la acción social centrada en los pobres, los que descubrieron, luego de la caída de Perón, que el sentimiento y la cultura popular peronistas seguían completamente vivos en los estratos más humildes de la sociedad. De allí surgió un segundo tipo de “catolicismo peronista” que podríamos llamar “de resistencia” que se desarrolló especialmente en los años cincuenta, sesenta y principios de los setenta. Abortado el primer proyecto institucional de la “nación católica” debido al conflicto entre gran parte de la alta jerarquía eclesial con Perón, este nuevo tipo de catolicismo no aspiraba ya a unir institucionalmente a la Iglesia y al Estado en el nivel de sus cúpulas y estructuras jerárquicas. Por el contrario, se centraba más bien en unir al Pueblo, por medio de un movimiento de resistencia horizontal frente al Estado liberal, puesto en acción a través de una acción pastoral, social y

prohibido presentar candidaturas” (A. Ivereigh, *El gran reformador. Francisco, retrato de un Papa radical*, Ediciones B, Bs. As. 2015, p. 48).

4 «Perón lejos de ser un ideólogo, era un genio político intuitivo con una habilidad sobrenatural para articular los intereses y las esperanzas de las nuevas clases, los inmigrantes y sus hijos, el pueblo que llegaba a las ciudades en busca de una vida mejor. Entendía sus esperanzas y sus sueños porque era uno de ellos” (ivi, pp. 47-48).

5 Cfr. L. Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica*, Sudamericana, Bs. As. 1999.

6 «Entre las muchas barreras que hubo de derribar Perón para obtener su victoria electoral de 1946 se encontraba el muro levantado por el Estado argentino contra la Iglesia. El suyo fue el primer gobierno en la historia moderna de Argentina que obtuvo su legitimidad identificándose con los valores y las prioridades de los católicos, sobre todo con las enseñanzas sociales de la Iglesia, popularizadas en el regreso de las posiciones nacionalistas y católicas de la década precedente. Los primeros años del gobierno peronista fueron un momento de esplendor para la Iglesia» (A. Ivereigh, *El gran reformador*. . . , cit., p. 48).

7 Cfr. L. Zanatta, *Un papa populista*, en “Criterio”, Año 2016, N° 2424. R. Bosca, *El papa peronista*, en <http://www.institutoacton.com.ar/articulos/127art17072013-b.pdf>. A. Zambrano, *Bergoglio, figlio dell'era Peron*, en “La Nuova Buzzola Quotidiana”, 5/4/2013.

política que preparara en los barrios populares más pobres el regreso tan esperado del Líder.⁸ En tal sentido, para los estudiosos del tema, está claro el vínculo histórico de Francisco con este segundo tipo de catolicismo peronista.⁹

3. Del Romanticismo católico a la Teología del Pueblo: dialéctica Pueblo- Elites y crítica del Estado y la sociedad liberales

“¡Cuánto quisiera que a la entrada de un pobre a la iglesia (los fieles) se arrodillaran en veneración!”, clamó el Papa Francisco en un videomensaje que envió a un grupo de indigentes que montaron una obra teatral gracias a la ayuda de la organización Caritas. La obra titulada “Si no fuera por ti” se presentó ese día en el Teatro Brancaccio de Roma, y los propios huéspedes de los centros se convirtieron en actores para relatar sus experiencias de abandono y marginación. Estas palabras de Francisco hacen recordar a muchas escenas de la literatura rusa –muy frecuentadas por el Papa en sus lecturas de la juventud– en las que el Pueblo pobre se presenta como verdadero mensajero de Dios, portador sagrado de un don divino frente al cual hay que postrarse. En su libro sobre Dostoievski,¹⁰ Guardini describe la idea de Pueblo del escritor ruso como la base desde donde brota todo su universo literario informado por completo por la dimensión religiosa. En tal sentido, el Pueblo es siempre para Dostoievski en realidad “Pueblo de Dios” ya que, a diferencia de los demás estratos sociales, está abierto a la Providencia divina.¹¹ En contraposición a este último, los miembros de las clases medias no formarían parte de este universo humano abierto a Dios en el que vive el Pueblo. Por el contrario, su confianza está generalmente puesta en la capacidad humana de acción económica, social o cultural, en que la Providencia divina ha quedado en gran medida afuera, olvidada en el firmamento ya muy lejano y abstracto de lo “religioso”. Para algunos estudiosos, esta tendencia a la identificación romántica entre el concepto sociológico de Pueblo y el teológico de Pueblo de Dios y su contraposición dialéctica a las elites y las clases medias ilustradas liberales, presente ya en buena parte del nacionalismo católico argentino previo y posterior al peronismo, está también presente en la visión política de Francisco.¹²

Por lo demás, es necesario tomar en cuenta otra influencia decisiva más: la de la llamada “Teología del Pueblo.”¹³ Elaborada por los principales maestros argentinos de Francisco, los teólogos Lucio Gera, Rafael Tello, Juan Carlos Scannone y el filósofo Alberto Metbol Ferré,¹⁴ la Teología del Pueblo es una corriente teórico-práctica surgida en el contexto de la experiencia pastoral de un catolicismo dominado por la experiencia de la resistencia peronista aunque también con reelaboraciones posteriores. Apuntaba a renovar la acción evangelizadora de la Iglesia transformando una predicación predominantemente religioso-doctrinal en una praxis político-pastoral, enfocada a lograr el reconocimiento del Pueblo –identificado claramente con el

8 Cfr. C. Mugica, *Peronismo y cristianismo*, Merlin, Bs.As., 1973

9 Sobre la organización católico-peronista Guardia de Hierro con cuyos miembros Bergoglio tuvo estrecha relación en los años sesenta y setenta, cfr. H. Cucchetti, *Combatientes de Perón, herederos de Cristo. Peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros*, Prometeo, Bs. As. 2010; M. Introvigne, *Padre Bergoglio e la Guardia di Ferro*, en “La Nuova Bussola Quotidiana”, 31/03/2013.

10 R. Guardini, *El universo religioso de Dostoyevski*, Emecé, Bs. As. 1954.

11 Según Guardini, aunque la concepción de pueblo de Dostoievski está fuertemente influida por el Romanticismo, no deja de contener, en su opinión, muchos elementos genuinamente cristianos.

12 E. Cuda, *Teología y política en el discurso del papa Francisco, ¿Dónde está el pueblo?*, en “Nueva Sociedad”, N° 248, noviembre-diciembre de 2013, pp.11-26. Cfr. J. M.Poirier Lalanne, *La filosofía de Francisco. Cuáles son las ideas, la música y la literatura que nutren el pensamiento del Papa*, en “La Nación”, 24 de mayo de 2013, <http://www.lanacion.com.ar/1584505-la-filosofia-de-francisco>

13 J. C. Scannone, *El papa Francisco y la teología del pueblo*, en “Razón y Fe” (2014) t. 271, N° 1395, pp. 31-50.

14 Cfr. S. Politi, *Teología del pueblo. Una propuesta argentina para Latinoamérica 1967-1975*, Guadalupe-Castañeda, Bs. As., 1992. B. Díaz, *Alberto Metbol Ferré: una influencia fundamental en el pensamiento del papa Francisco*, cuadernos del clae · Segunda serie, año 34, n.o 101, 2015-1, pp 63-85. A. Metalli, *El Papa y el filósofo*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2013. J. Bergoglio, *Prólogo en Una apuesta por América Latina de Guzmán Carriquiry*, Bs. As, Ed. Sudamericana, 2005.

Pueblo pobre¹⁵ - como actor principal de la acción salvífica de Dios, procurando su unidad y su liberación obstaculizadas por la alianza de la Iglesia con el Estado y la sociedad liberales. Ciertamente la Teología del Pueblo se diferenciaba claramente de la Teología de la liberación por rechazar la idea marxista de enfrentar al Estado liberal por medio de la revolución y la lucha de clases. No obstante, identificada con una praxis teológico-política que venía a reemplazar a la Doctrina social de la Iglesia oficial, apuntaba con claridad a combatir el Estado y la sociedad liberales, algunas veces mediante la acción pastoral y social y otras veces, mediante un compromiso político radical el cual, en el paroxismo del conflicto argentino de los años setenta, implicó en no pocas ocasiones actitudes cercanas a la convalidación de la violencia. En tal sentido, y más allá de su nunca abandonada distancia con cualquier tipo de postura extrema, son muchos también –tanto admiradores como críticos- los que consideran que existen en la visión política de Francisco muchos elementos de la Teología del Pueblo.¹⁶

4. La visión teológico-política del Papa: algunas reflexiones finales

De acuerdo a lo que hemos señalado, Francisco parece influido al mismo tiempo por las concepciones jesuítico-barroca latinoamericana de la política, el viejo nacionalismo católico argentino de estilo romántico y verticalista, el catolicismo “justicialista” del primer peronismo,¹⁷ el catolicismo popular de la época de la resistencia peronista¹⁸ y, finalmente, por la Teología del Pueblo, todas influencias que marcarían una distancia de fondo entre su visión teológico-política y una concepción liberal del Estado y de la sociedad. A estas múltiples influencias habría que agregar también las que surgen de las experiencias históricas argentinas de sus años como Superior de los Jesuitas, de su “exilio” en Córdoba y finalmente como Obispo auxiliar y Arzobispo-Cardenal de Buenos Aires: la guerra sucia, la dictadura militar, la reinstalación de la democracia, el diálogo interreligioso, la reinterpretación de la Teología del Pueblo en clave cultural, las nuevas formas de peronismo menemista y kirchnerista, el apogeo de los regímenes neo-populistas latinoamericanos, los nuevos movimientos sociales, el surgimiento de los curas villeros, etc. No obstante, es casi unánime entre los analistas que el núcleo básico de su visión de la sociedad y de la política ya está formado, mucho antes de estas últimas experiencias, en el marco de las influencias que hemos señalado a lo largo de este artículo. Ahora bien, ¿cómo se ordenan y jerarquizan estas influencias no siempre compatibles entre sí? Y, por otra parte, ¿hasta qué punto las asumió Bergoglio en su momento y, sobre todo, las asume hoy Francisco en su visión y acción como Pontífice?

15 Ciertamente el Pueblo es extendido más allá de los confines nacionales a todo el Pueblo pobre latinoamericano. Cfr. E. Bianchi, *Pobres en este mundo, ricos en la fe. La fe vivida en el cristianismo popular latinoamericano*, en *El cristianismo popular según las virtudes teológicas de Rafael Tello*, Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 2012.

16 De acuerdo a Leonardo Boff, el cardenal Jorge Bergoglio “era adepto de una de las vertientes de la Teología de la Liberación, que era propia de Argentina, y que es la teología del pueblo, la teología de la cultura popular”. “La Teología de la Liberación tenía muchas tendencias. En Argentina predominó esa, que viene del Justicialismo (el movimiento político de apoyo al Partido Justicialista, de Juan Domingo Perón)”, “Francisco siempre se entendió a sí mismo como un peronista, un justicialista.” “Él defendía traer a los pobres como participantes, y que no hay solución para los pobres sin su participación. Esto es la Teología de la Liberación”. En Guiño al Papa de un teólogo de la liberación, “Página 12”, 24/07/2013.

17 Creo que si se analiza el modo de actuar de Francisco, se pueden descubrir muchos elementos de este estilo más bien jerárquico, doctrinal e institucional profundamente informado por el primer peronismo. Se trata del Francisco que actúa y habla desde la Iglesia institucional, apela a los principios clásicos de la Doctrina Social de la Iglesia e, influido por un tipo de visión política de un nacionalismo católico bastante clásico, busca una constante interacción de cúpulas entre la Iglesia y el Estado, identificados como los actores últimamente responsables de una protección paternalista del Pueblo.

18 Se trata del aspecto de la predicación y de la acción pastoral de Francisco que lo llevan a ir más allá de las estructuras institucionales del Estado e incluso en parte de la propia Iglesia y de su Doctrina social tradicional y que apuntan a un contacto directo con el Pueblo, de rasgos más cercanos a una visión crítico-utópica orientada a las actitudes de resistencia y de liberación (cfr. Francisco, *Discurso del Santo Padre. Participación en el II Encuentro Mundial de los Movimientos Populares en el centro Expocruz* (Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 9 de julio de 2015).

Es evidente que el Papa Francisco no es un intelectual, por lo cual, no ha delineado su visión política con los contornos claros y distintos de los teólogos y filósofos que sin duda lo influyeron. Se trata de una personalidad fundamentalmente práctica, incluso pragmática, dotada de una capacidad singular para ir tomando elementos de las más variadas fuentes con el fin de adaptarlos para sus propios objetivos. En ese sentido, no creo que ninguna de las influencias que hemos presentado represente por sí sola o en forma combinada una suerte de “código Francisco” apto para descifrar su complejo y siempre escurridizo pensamiento. De todos modos, considero que los elementos que hemos ido enunciando constituyen claves bastante seguras para acometer al menos una hermenéutica básica de su pensamiento, la cual, sin embargo, es necesario matizar apelando a una interpretación más refinada. Veamos algunos puntos centrales.

Por un lado, considero que es bastante evidente que en el pensamiento de Bergoglio-Francisco la idea de Pueblo ocupa un lugar central. El Pueblo pobre, por su cercanía a valores religiosos y comunitarios fundamentales, es sin duda una matriz central alrededor de la cual se organiza su visión eclesial y pastoral.¹⁹ No sólo la pertenencia a la Iglesia sino también a la ciudadanía política parecen cobrar verdadero sentido sólo cuando se “convierten en pueblo.”²⁰ Al mismo tiempo, en su modo de pensar existe una contraposición bastante fuerte entre el Pueblo y un cierto tipo de clase media y de elites ilustradas, encerradas en el estrecho campo de sus propios intereses e ideologías abstractas y desvitalizadas.²¹ De allí que, por lo demás, a partir de este esquema parece surgir una cierta visión crítica de la organización política y económica del moderno Estado liberal –caracterizada por un formalismo legalista, una burocracia tecnocrática, y una economía de mercado capitalista global- concebida como un mecanismo uniformizador que tiende a reforzar esta dicotomía, favoreciendo a las elites en detrimento del Pueblo.²² Finalmente, de allí se seguiría la consecuencia de que tanto la acción pastoral de la Iglesia, la acción política del Estado como la iniciativa misma del propio Pueblo, deberían abocarse a una acción de colaboración mutua para lograr la unidad del Pueblo fragmentada y empobrecida por la acción depredadora de las elites.²³

Si bien estos elementos están, en mi opinión, presentes en el pensamiento de Francisco, es necesario al mismo tiempo señalar que el Papa nunca parece haber compartido una versión radicalizada de los mismos. Por un lado, su tendencia a acercar las ideas sociológica y teológica de Pueblo nunca alcanza el grado de identificación que se ve en algunos representantes de la Teología del Pueblo. En Francisco, por el contrario, este acercamiento se encuentra en cierto sentido abandonado a una cierta indefinición conceptual por la influencia de teólogos europeos como Yves Congar o Henri De Lubac y, sobre todo, por el enfoque del propio Concilio Vaticano II que no asimila nunca el concepto sociológico de Pueblo con el concepto teológico de Pueblo de Dios.²⁴ Por otro lado, la concepción de Francisco del Estado liberal como mecanismo de

19 J. Bergoglio, Una institución que vive su carisma, en “Boletín de Espiritualidad,” No 55, 4/1978, p. 31. J. Bergoglio: Conferencia del Sr. Arzobispo en la XII Jornada Arquidiocesana de la Pastoral Social, Buenos Aires, 2010, n. 2.2. Francisco, *Evangelii Gaudium*: Exhortación Apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html especialmente 68, 122-126 y 197-201.

20 Francisco, *Evangelii Gaudium*. . . , 220.

21 “La impaciencia de la elites ilustradas no entiende el laborioso y cotidiano caminar de un pueblo, ni comprende el mensaje del sabio.” J. Bergoglio, Homilía Tedeum, “La Nación”, 2004, <http://www.lanacion.com.ar/604338-texto-completo-de-la-homilia-del-arzobispo-bergoglio-en-el-tedeum>. Cfr. Francisco, Discurso del Santo Padre Francisco, Sede de la Conferencia Episcopal Coreana, Seúl, Jueves 14 de agosto de 2014.

22 Cfr. Francisco, Discurso del Santo Padre. Participación en el II Encuentro Mundial de los Movimientos Populares en el centro Expocruz (Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 9 de julio de 2015).

23 “La globalización de la esperanza, que nace de los Pueblos y crece entre los pobres, debe sustituir a esta globalización de la exclusión y de la indiferencia.” Francisco, Discurso . . . Encuentro Mundial de los Movimientos Populares.

24 Tanto los representantes de la Nouvelle Théologie como el propio Concilio identifican la idea de Pueblo de Dios con una Iglesia encarnada potencialmente en todas las culturas y todas las clases sociales algo que también está

refuerzo de la dicotomía Pueblo-Elites tampoco me parece idéntica a la de algunas de sus influencias: se mantiene también, en mi opinión, en un estado de similar ambigüedad. Aunque Francisco critica duramente el sistema político y económico liberal, no es evidente que apunte a reformar su estructura intrínseca. El problema no parecería estar así tanto en las “estructuras” del Estado liberal, que Francisco, más allá de su severidad retórica, nunca propone realmente reemplazar, sino en la manera ideológica de entenderlas.²⁵

Por lo demás, y más allá de estas distinciones sutiles de teología y filosofía política, muchos ansiosos analistas de la política actual se preguntan: ¿qué opiniones prácticas específicas tiene finalmente el Papa sobre cuestiones institucionales centrales para resolver los graves problemas sociales, económicos o ambientales actuales que él mismo denuncia? ¿Apoya Francisco algún esquema institucional alternativo al del Estado y la economía liberal, como el socialismo, el comunitarismo o el populismo? Creo que una respuesta simplista a estas preguntas podría apelar a alguna de las influencias que marcaron su trayectoria en las que se pueden encontrar definiciones más claras. Pero la verdad es que ni hoy Francisco ni antes Bergoglio parecen haber remitido nunca de modo directo y explícito a estos antedecedentes para definir sin ambigüedades una determinada postura institucional. Es cierto que hoy muchas palabras y actitudes de Francisco podrían parecer estar alentando posiciones de un radicalismo neo-socialista, pauperista o populista, que algunos temen y a otros les deleitaría comprobar. Sin embargo, en mi opinión, si analizamos fríamente los textos, Francisco –y Bergoglio– no se ha pronunciado nunca a favor de estas corrientes.²⁶

Aunque el lenguaje de Francisco suena ciertamente radical, considero que en su pensamiento teológico-político permanece siempre estable un fondo más bien tradicional: el de dar prioridad a la dimensión institucional y vertical de la Iglesia como co-conductora, junto o muy cerca del Estado, de las iniciativas políticas o económicas de la sociedad, incluso las originadas en el campo popular. En tal sentido, el actual neopopulismo latinoamericano hace eco en Francisco muy a su manera. En realidad, si tuviera que elegir, me parece mucho más fundamental en el pensamiento político de Francisco la influencia del proyecto original de los inicios del peronismo el cual, como hemos visto, tuvo mucho más que ver con una alianza jerárquica entre la Iglesia y el Estado que con un movimiento popular radical.

Por lo demás, creo que no hay que olvidar, como decíamos al principio de este artículo, que la visión teológico-política de Francisco tiene su marca de origen en el viejo paternalismo popular-ecclesial latinoamericano muy poco compatible con muchos aspectos secularizantes del neopopulismo actual. En tal sentido, ¿no será el objetivo de Francisco, más que apoyar en sí misma la actual rebelión populista contra el Estado liberal, capitalizar esta rebelión, utilizando su potencia pero a la vez superando sus defectos, con el fin de revivir en una versión renovada para el siglo XXI el proyecto teológico-político jesuita original? Despejar esta duda implicaría poder distinguir entre el estilo popular y “revolucionario” del Papa y la dirección a la que apuntaría íntimamente en realidad. Pero éste ya es, evidentemente, otro problema.

presente en los textos de Francisco (cfr. Francisco, *Evangelii gaudium*, 115. P. Rodríguez, *La Iglesia: misterio y misión. Diez lecciones sobre la eclesiología del Concilio Vaticano II*, Cristiandad, Madrid 2007).

25 Jean Yves Naudet interpreta a la luz de esta tesis “cultural” y no “antisistema” las críticas al Estado y la economía liberal que realiza Francisco (cfr. J. Y. Naudet, *Laudato si': réponse aux 'papo-sceptiques'*, en “Liberté Politique,” 06 juillet 2015).

26 No obstante, lo que sí surge con claridad de la lectura de los documentos y alocuciones de Francisco es la falta casi total de crítica de los regímenes populistas de tantos países en desarrollo –especialmente latinoamericanos.